

contento, tanto de sí mismo como de sus caudillos; y el gobierno nuevamente establecido comienza á desempeñar sus deberes en medio del aplauso y de la confianza de los ciudadanos. Pero despues que se ha disipado el entusiasmo que ocasiona el triunfo, se presentan aquellas tristes é inevitables consecuencias que son los frutos de las convulsiones intestinas; se ven frustradas las esperanzas que antes se habian concebido; se echa de ver que no corresponde el estado de cosas á la brillante perspectiva que se habia formado; que carece de ocupacion la industria, y que no tienen en que invertirse los capitales. Las calamidades que padece el populacho inmediatamente despues de haber triunfado, son mayores que las que antes sufría, y que provocaron su resistencia. Los mas distinguidos escritores republicanos confiesan que con la mitad de la miseria que affigió, durante la Revolucion, á la Francia, habria quedado abismada la monarquía (1). Estas calamidades no pueden evitarse; son el resultado preciso de la falta de confianza, del despojo de las propiedades y de un ilimitado desenfreno; y como se presentan cuando se acaban de alimentar magníficas esperanzas, y en momentos en que están exaltados los ánimos, ocasionan disgusto y acrimonia, y originan nuevas convulsiones. Jamás está el pueblo mejor dispuesto á emprender una segunda revolucion, que poco despues de haber terminado con buen éxito la primera.

(1) Mig. I, 127.

La clase média es la que comunmente organiza la primera oposicion á los gobiernos, por razon de que es la única que en virtud de su influencia puede sostener una lucha con el poder establecido; de consiguiente esta clase es la que de ordinario se pone al frente del primer movimiento revolucionario; pero las pasiones que conmueve, las esperanzas de felicidad que presenta, y que no se cumplen, y el desórden que introduce en la sociedad á consecuencia de su lucha, dan materia á otra nueva y mas terrible revolucion contra el gobierno que ha establecido. Toda autoridad aparece odiosa á hombres que se han acostumbrado al desenfreno y á la exaltacion que reinan durante las revoluciones; el nuevo gobierno se vé tan aborrecido del pueblo, como el que fué preciso derrocar para entronizarse, y la clase ínfima, dominada por la ambicion, aspira á elevarse á la esfera en que se colocó la média, en virtud de sus afortunados esfuerzos. Aun falta que sostener á esta última una lucha mas terrible todavía que la que con el poder despótico sostuvo; una lucha con una clase superior en número, y que es dominada por las mas furiosas pasiones y una ambicion mas desenfrenada, y á cuyos individuos ha privado de ocupacion; la inquietud en que están los ricos, ha llenado de esperanzas la idea de innovaciones revolucionarias, y la imperiosa necesidad obliga á hacer poderosos esfuerzos. En esta contienda se presentan todas las probabilidades en contra de la duracion de las nuevas instituciones, á no ser que los que las sostienen, cuentén

con el auxilio de una masa de hombres numerosa y disciplinada, que ni se deje intimidar por las amenazas del pueblo, ni seducir por los atractivos de la ambicion.

Tres grandes poderes se pusieron en pugna unos contra otros durante la revolucion francesa: el pueblo, la aristocracia y los soberanos aliados. Cada uno de ellos cometió errores capitales, que produjeron los mas funestos resultados. A la influencia que á la vez ejercieron, se deben atribuir en mucha parte los horrores que se siguieron.

El primer error capital del pueblo consistió en la confiscacion de los bienes de la Iglesia. Este acto de notoria injusticia produjo funestísimas consecuencias, tanto respecto de la marcha de la Revolucion, como de la direccion que hubiera debido tomar el espíritu público. Enagenándose el afecto y provocando el resentimiento de una cla-

Torpezas que cometió el partido popular en Francia.

se influente y numerosa, hizo que se introdujese la cizaña en el partido popular, y que á las calamidades que ordinariamente traen consigo las contiendas civiles, se agregase el encono que tambien producen las disensiones religiosas. Poniendo en pugna á la libertad con la religion, desató los dos poderosos resortes que mueven á la especie humana, y cuya unisona fuerza hizo en las épocas primitivas que se levantase el edificio de la independenciam civil sobre las sólidas bases de la virtud privada. Escitando un vehementemente encono en los ánimos en contra de la Igle-

sia, dió márgen á que se estableciese un cisma fatal entre la actividad pública y la virtud doméstica; minó los cimientos de la felicidad interior, porque introdujo la infidelidad y la desconfianza en la vida privada, é inundó todo el pais con el mas desenfrenado libertinage, por haber destruido el contrapeso que ha creado la religion para refrenar las pasiones. Todavía es necesario que transcurran siglos, y acaso será preciso que se efectúe otra nueva revolucion, para que puedan volverse á encadenar las pasiones, ó se contenga esa general disolucion de las costumbres (1). Bien pudieron haberse evitado estas fatales consecuencias. Ninguna necesidad habia de despojo, porque si las exigencias del erario demandaban un inmediato auxilio, pudo haberse obtenido por medio de una contribucion impuesta á todas las clases del Estado, y no procurárselo en virtud de la ruina de una sola de ellas. No se observó moderacion alguna en los términos en que se llevó á cabo, porque suponiendo aún que la medida hubiese sido inevitable, debió haberse efectuado sin menoscabo de los derechos de los actuales beneficiados (2). No estaba bien á un pueblo que se insurreccionaba contra su gobierno por la opresion que sobre él ejercia, comenzar la época de su dominio con un acto de injusticia mayor que ninguno de aquellos de que se habia quejado.

(1) De cada tres niños de los que nacen en Paris, uno es bastardo, y una gran porcion de pobres muere en los hospitales. DUPIN, "Forcé Commerciale," I. 40, 99.

(2) Mad. de Staël, Rev. Franc. II, 94.

El otro error de consideracion en que incurrieron los revolucionarios, fué el de secuestrar los bienes de la nobleza, con arreglo á los crueles é injustos decretos promulgados por la Asamblea, en los cuales se mandó la confiscacion de sus propiedades, si en un término fijo no volvian á Francia sus propietarios. Nada puede compararse con esta medida inicua, supuesto que el simple hecho de salir del pais, no era un delito ni moral ni político; y aun suponiendo que hubiese sido un crimen, la circunstancia de secuestrar sus bienes, porque se negaban á comparecer, ciertos de que sus cabezas caerian al poder de la cuchilla de la guillotina, era una medida mas cruel que ninguna de las que se cometieron durante el gobierno feudal, y de la cual pudiera quejarse el partido popular. Siendo esta providencia eminentemente injusta, ha producido efectos que nunca podrá remediar la Francia, y que inspiran fuertes temores de que jamás llegará á establecerse en aquel pais la ordenada libertad que reina en la Europa moderna. La libertad general de las clases, segun está evidentemente demostrado por la esperiencia, solo puede subsistir por medio de la influencia que á la vez egercen en el egecutivo la aristocracia que apoya sus esfuerzos, y el partido popular que los contiene. Suponer que puede existir en un pais que se halle en la condicion en que quedó la Francia despues de la estincion de la aristocracia, es decir, cuando se hubo dividido entre los aldeanos la vasta estension que ocupaban las propiedades rústicas, sin que

quedase mas que en las ciudades, clase alguna entre el trono y los agricultores, es un verdadero delirio. En semejante alternativa, no queda que hacer mas que adoptar la igualdad de América, ó el despotismo de Asia: no es difícil señalar en un estado antiguo, muy adelantado en la carrera de la opulencia y rodeado de ambiciosas monarquías militares, cual será el sendero que se elija.

Los sucesos han demostrado evidentemente la esactitud de estas ideas. Antes de la revolucion habian sostenido las provincias una dilatada y honrosa lucha con la corona, en defensa de las libertades de la nacion, y á la cabeza de esta lucha campeaban los miembros mas ilustres de la aristocracia francesa. Los parlamentos, tanto el de Paris como los de las provincias, debian su mayor lustre á la consideracion, caracter ó importancia de sus miembros, y su influjo y ejemplo estimularon á toda la nacion á presentar la resistencia que dió origen á la Revolucion. Pero nada de esto ha ocurrido desde que se estinguió la aristocracia. La Francia se ha sometido constantemente sin oposicion al poder dominante en la metrópoli; y cualquiera que se ha hecho de ascendiente en sus consejos, ora escitando las pasiones del populacho, ora sirviéndose de las bayonetas del ejército, ha dominado al resto del reino con una autoridad despótica. La libertad se destruyó de raiz con la abolicion de la aristocracia: Luis XV y su desventurado sucesor no pudieron reprimir el espíritu de inde-

pendencia de los parlamentos provinciales, pero no tuvo Napoleon instrumentos mas sumisos á su voluntad, que los miembros del Senado conservador. Las pasiones de la muchedumbre, que son vehementes y muchas veces irresistibles en los momentos de efervescencia, no se pueden emplear como constante apoyo de la causa de la libertad; la aristocracia hereditaria, auxiliada por estas pasiones siempre que fuere necesario, es la que solo se puede contar en semejante lucha, porque es la única que tiene sólidos intereses que estén espuestos á ser menoscabados por los esfuerzos de la tiranía, y la sola que se halle influida por razones que no son susceptibles de desaparecer como la opinion del pueblo, que por su veleidad está sujeta á continuos cambios. Si los puritanos de Inglaterra hubiesen destruido á los dueños de propiedades rústicas en 1688, no habríamos tenido los ciento cuarenta años de libertad y de gloria que á nuestra revolucion se siguieron. No fué Napoleon quien destruyó los elementos de la libertad en Francia, puesto que ya los encontró destruidos; lo único que hizo fué dejar seguir á la nacion por el ancho sendero á que la habian empujado los revolucionarios, sus predecesores. Nadie supo sembrar mejor los gérmenes de la tiranía, que la Asamblea nacional.

Las faltas de los nobles consistieron en haberse ausentado de su patria en la época de su mayor agitacion, y en haber desamparado á su soberano,

Torpezas que cometieron los nobles.

cuando el peligro que corria era mayor, para ir á invocar el dudoso auxilio de las potencias europeas. En cualesquiera circunstancias, una conducta igual es criminal á la vez que peligrosa; criminal, porque se huye el cuerpo cobardemente á los primeros deberes sociales; peligrosa, porque los triunfos que se obtienen á merced de semejante apoyo, producen consecuencias tan funestas como una derrota. Al empeñarse en levantar una cruzada contra la libertad de la Francia, se colocaron en tal posicion, que debian tener igual temor al vencer, que despues de ser vencidos; porque en el primer caso la independencia nacional sufría menoscabo, y en el segundo, venia por tierra el ascendiente de su clase y se perdian sus posesiones. Jamas pudo la nobleza de Francia lavarse de la mancha de haber engrosado las filas del enemigo y haber figurado á la vanguardia de sus fuerzas que notoriamente venian á imponer el yugo á su patria. Los jacobinos debieron agradecer á sus contrarios el haber puesto en sus manos el mas poderoso resorte que se hubiera podido mover para poner el espíritu público en efervescencia; éste fué el de poder presentar á los aristócratas como enemigos de la Francia, y á la causa de la democracia, como identificada con la de la independencia nacional. Cuando meditamos en los grandes efectos que produjo el reducido número de hombres disciplinados que desplegó en el campo de Marte La Fayette, y en las proezas que hizo en la plaza del Carrousel, el 10 de Agosto, otro puñado de valientes; causa dolor pensar

en la resistencia que pudo haber hecho contra la vehemencia popular, cualquiera porcion insignificante del numeroso ejército de aquellos emigrados que provocaron la Revolución por su insolencia, y en seguida faltaron con su fuga á la fidelidad que debian á su soberano.

El error de los soberanos aliados, y que acarreó las consecuencias mas funestas, consistió en hostilizar á la Francia en los momentos de su mayor efervescencia, pues de este modo convirtió en patriotismo el frenesí revolucionario, el cual no le fué posible vencer por no haber desplegado todo el vigor necesario en la lucha. Los progresos de la Revolución comenzaban á dividirse á la Francia, cuando la unió la invasión estrangera. La atroz injusticia que cometió la Asamblea con el clero, habia dado origen á la temible guerra de la Vendea cuando el temor del enemigo exterior reconcilió por algun tiempo todos los intereses contrapuestos. La catástrofe del 10 de Agosto, hasta cierto punto, se debió al imprudente avance y á la funesta retirada del ejército pruso; en la capital se contuvieron los amigos del órden en los esfuerzos que empleaban, al ver el riesgo en que se hallaba la independencia nacional, y los defensores del trono se avergonzaron de estar sosteniendo una causa que parecia estar relacionada con la del comun enemigo.

Burke habia predicho que la Francia se dividiría en cierto número de repúblicas federales; y seto mismo habria llegado á acontecer si no

hubiera sido por la invasión estrangera que poco despues tuvo efecto. La unidad de la república, los triunfos del Consulado y las conquistas del Imperio, fueron circunstancias que aceleraron las mal sostenidas hostilidades de los aliados.

Es cierto que la Francia, como sucede con toda potencia insurreccionada, habria llegado á adoptar mas adelante el sistema de agresion para con las demas naciones, á fin de dar desahogo por este medio á la energía que habian desarrollado las convulsiones intestinas, y procurar sustento á la miseria que se originó; pero es muy dudoso que se hubiese ejecutado por este medio la misma uniformidad de afectos y la misma preponderancia militar, que se desplegaron despues de la derrota que sufrieron en 1792 los invasores. Para combatir una revolucion, se debe hacer una de dos cosas, ó dejarla que por sí misma se estinga en virtud de sus propias divisiones, y, siendo posible, este es el medio mas idóneo; ó atacarla con tal vigor y fuerza, que se domine con prontitud.

Es un error craso suponer que era inevitable la revolucion en Francia, ó que no se puede pasar del despotismo á una libertad moderada, sin que se verifiquen las mismas terribles convulsiones. Esto equivale á suponer que no puede descender un rio de una altura á un nivel mas bajo, sin precipitarse formando cascada, cuando vemos que puede bajar sin ímpetu por una insensible pendiente. En otros muchos paises se han introducido cambios de

tanta consideracion, como los que se egecutaron en Francia á consecuencia de la revolucion, sin que hayan producido iguales catástrofes. Los crímenes de algunos de los partidos durante los progresos de ella, y la debilidad de otros, son á los únicos que debe culparse de sus horrores. Su marcha, como la del crimen respecto de los individuos, no se inclinó decididamente al mal, hasta que no se cometieron actos irreparables de injusticia, y se desecharon muchos medios que hubieran podido servir para que se corrigiesen los yerros. Y si hubo una causa á que se debieran mas que á otra ninguna los desastres de la revolucion, fué á la falta total de sentimientos religiosos, ó de freno, de que adolecieron los mas distinguidos y casi mas influyentes de sus caudillos. La falta de este freno que sirve para contener las viles y orgullosas propensiones de nuestra naturaleza, fué lo que impelió al partido revolucionario, desde el principio de su carrera, á tomar contra los nobles y el clero aquellas medidas crueles é injustas que escitaron la codicia de la clase media del Estado, al ofrecérsele con ellas los despojos de sus superiores, y que dieron origen á la lucha interminable que se entabló entre las clases elevadas y las ínfimas, por haberse fundado el interes de estas en la ruina de aquellas. Los proyectos filantrópicos, los arranques del entusiasmo y aun la práctica de las virtudes, llegaron á no servir sino de una débil salvaguardia á los hombres públicos, en las desastrosas escenas á que los arrastraban los incesantes cambios que con celeri-

dad se introducian. Bajo este aspecto la Revolucion inglesa forma con la de Francia un notable contraste; y si, comparativamente hablando, se derramó tan poca sangre en la primera, si el partido triunfante se manifestó tan conforme con esas injustas medidas de confiscacion que fueron tan funestas al reino vecino, debe atribuirse á los saludables efectos que produjo ese poderoso freno, por medio del cual se detiene la marcha de los viles y orgullosos principios que se hallan en la naturaleza humana, cuyo freno proviene de los sentimientos religiosos, por exagerados que sean. Hume ha dicho, que el fanatismo fué la mancha con que se cubrió la gran Rebelion; y que no se manifestó en ninguno de los caudillos que dirigian al pueblo, en aquella época, uno solo de los rasgos sublimes que animaron á los patriotas de la antigüedad; pero, sin ponernos ahora á discutir lo absurdo de las doctrinas de los antiguos, y lo ridículo de muchas de sus costumbres, podemos afirmar sin temor de ser desmentidos, que el fervor religioso fué el único y verdadero freno que pudo contener á la perversidad humana, cuando cesó el imperio de las leyes y desapareció el orden; y si no hubiese sido por ese fanatismo, se habrian manchado los gefes de la Rebelion con las proscripciones de Mario, ó con las matanzas sugeridas por Robespierre.

Los caracteres públicos no deben tanto la altura á que se elevan, á la superioridad sobre el resto de la especie humana, quanto á la coincidencia que guarda la natural condicion de los

individuos, con las circunstancias en que se encuentran colocados, y á que representan el espíritu de su época. La elocuencia de Mirabeau de nada habria servido para levantar el 10 de Agosto al populacho; la energia de Danton lo hubiera conducido al patíbulo, al principio de la revolucion; la ambicion de Napoleon se habria estrellado contra el espíritu democrático de 1789. Aquellos hombres eminentes se elevaron sucesivamente á tan sublime altura, porque sus naturales propensiones coincidieron con las ideas reinantes, y porque se hallaban dotados del necesario talento para tomar á su cargo la direccion del espíritu público. Mirabeau fué la imagen de la Asamblea constituyente: era libre en sus pensamientos, enérgico en sus palabras, arrojado en sus empresas, pero tenia un resto de adhesion á la monarquia, y temió los excesos á que infaliblemente debian conducir sus precipitadas medidas. Vergniaud fué el modelo de la faccion dominante en tiempo del cuerpo legislativo: era republicano en sus ideas, filósofo en sus principios, y humano interiormente; pero precipitado y omiso en su conducta, lo cegaba la ambicion, se obstinaba en sus teorías, no conocia el corazon humano ni la manera de conducirlo, y le faltaba la necesaria energia para dominar, la suficiente perversidad para llegar al logro de sus fines, y la indispensable actividad para aprovecharse de los triunfos. Danton representaba á la faccion de los jacobinos: tenía una ambicion ilimitada, era desenfrenado en sus principios, y no le arredraba la efusion de san-

gre; lo elevó á la encumbrada esfera en que se colocó, el comun peligro, porque poseia talentos propios para dirigir, y porque se vió que jamás se paralizaba su valor con el temor de exitar al pueblo á cometer excesos. He aquí los hombres que en todas las épocas del mundo se pusieron finalmente á la cabeza de las convulsiones intestinas: semejantes á los buitres, que sumidos en la oscuridad en tiempos bonancibles, son atraidos por la tormenta y por su infalible instinto, á los lugares en que las sangrientas escenas de la discordia dejan sus últimos frutos, de los cuales se aprovechan con un gozo feroz.

